

ñas electorales; aprisionado por ambiciones de caudillos insaciables, aceleró el fatal momento de la pérdida de la Constitución.

### Régimen militar

Bajo la presión de las armas, el Congreso recién elegido (1924-1927) aprobó los proyectos que el Ministerio, presidido por el General Altamirano, presentó a las Cámaras.

No hubo discusiones; sin preámbulos de ninguna índole se promulgaron como leyes de la República, con efectos desastrosos, es lógico, porque momentos después había que aclarar artículos, reformar disposiciones bajo el amparo de los famosos decretos-leyes.

Vacante la Presidencia de la República y disuelto el Congreso Nacional el 11 de noviembre, imperaba el régimen de dictadura disfrazada en el país, con una Junta de Gobierno compuesta de dos militares y un marino y asesorada por un Comité Militar, que era el árbitro de la situación.

Los militares, dueños del país, empezaban su obra de reconstrucción nacional.

Aferrados a la disciplina y a la obediencia, no admitían oposiciones de ninguna índole y la libertad había perecido en el naufragio trágico de la revolución.

La prensa fué censurada; no era posible una crítica abierta y amplia; hasta desterró a un hombre de ideas por no compartir la actitud del Gobierno.

Y en tanto, los desaciertos legislativos, propios del apresuramiento y falta de experiencia pública, van creando hondas perturbaciones.

Se deroga una ley que protege a los empleados particulares; un conflicto con los ferroviarios hace delicada la situación y por último, una ley electoral con fines al parecer preconcebidos, crea la desconfianza en el Ejército.

Es el primer síntoma de rebelión pasiva. Ya hay en el ambiente un signo de desconfianza; está fermentando el distanciamiento al Gobierno de facto y pesa sobre nosotros una hora tremenda y lúgubre.

Antofagasta, en un paro general, uniforme y compacto, ha asumido una actitud de beligerancia.

Son hechos parciales, simples, aislados; ejemplos fáciles de seguir; normas elocuentes que poco a poco irán formando la ola de un nuevo sentimiento nacional.

Las masas obreras desorientadas, sin saber qué actitud tomar, los políticos del pasado régimen bien guarecidos en sus casas, viven como azorados y falta el guía que ordene y haga efectiva la energía de estas fuerzas.

Los escritores y artistas, de quienes se esperaba en esta hora trascendental la palabra vital y libre, lanzaron un Manifiesto: triste documento sin mayor alcance.

Su opinión no la compartimos; pero es saludable ver una reacción.

Ya, uno de sus firmantes, se ha puesto de frente al Gobierno militar y como Presidente de la Federación de Estudiantes de Chile, ha iniciado una campaña en defensa de la libertad.

Un error de perspectiva ideológica y una falta completa de sentido público para apreciar los acontecimientos en el terreno de la realidad, han hecho

incurrir a los escritores en la inconsecuencia de lanzar un Manifiesto.

Como no han sentido de cerca la marcha de nuestras instituciones republicanas y han permanecido alejados de las luchas cívicas, desconocen las aspiraciones del pueblo y sus apreciaciones ceden ante la fuerza de los hechos.

Por lo demás, esta actitud no tiene mayor importancia.

Llevar ya los militares cuatro meses en el Gobierno y no han despachado ninguna de las leyes que prometieron al pueblo.

La convocación de una Asamblea Constituyente, que debiera haberse hecho a una brevedad posible, y la renovación total de nuestras Cámaras, tienen largo plazo aún para efectuarse.

Y este es el mal incalculable: la permanencia por más tiempo de las fuerzas armadas en el Gobierno de la República.

Su misión ya debiera estar terminada, antes que divergencias graves y fatales cambien el curso de los acontecimientos.

Por desgracia, tienden a persistir y la utilidad transitoria que de este movimiento se habría podido obtener, se destruye en el afán pernicioso de continuar gobernando.

Chile tiene ahora un dilema sin ambages que resolver.

Abandonan el Gobierno los militares dentro de un plazo perentorio o vamos a la revolución.

Examinados los antecedentes y vista la situación actual, lo primero no es posible.

Nos queda la revolución.

Hagámosla entonces y junto con salvar a Chile, habremos salvado a América con una lección dura para el futuro.

La juventud chilena está en marcha. Hay un signo de heroísmo sobre nuestras cabezas y la hora de prueba será para nosotros el triunfo de la cultura y las ideas sobre la fuerza destructora y el afán inconsciente de las mediocridades.

### Nuestro futuro

Es todo un problema el que nos queda para el futuro.

¿Cómo anularemos el peligro inminente que representa el ejército para nuestras instituciones públicas?

¿Cómo conseguiremos que el funesto golpe del 5 de Setiembre no sirva de ejemplo en lo sucesivo?

Es este un precedente morboso que acaso tienda a repetirse con ciertos intervalos y por influencia sugestiva, tenga imitadores en otras naciones del continente.

Las dictaduras y golpes de Estado de estos últimos años han repercutido hondamente en América, y Chile, país educado en normas de disciplina militar, no pudo menos que ser un fiel intérprete de erradas ambiciones que, desoyendo las lecciones de la historia, ya llegan a un ocaso fatal y trágico.

Nadie puede constituirse en augur de los destinos de nuestra patria. Cualquiera que sea su suerte tenemos la esperanza de una franca reacción. Está fermentando un descontento general y un rumor sordo